
libros

Dos notas de Humberto Musacchio

1

el testimonio o pisando en el vacío

El realismo por imposición, el arte al servicio de la propaganda y la apología políticas produjo lamentables efectos en individuos y países. Ecuador no fue en esto nación a salvo; el "Grupo de Guayaquil" se erigió en inquisidor que estigmatizaba a los herejes bajo el cargo de "pequeños burgueses" o "románticos degenerados". Mas lo que *degeneró* y pasó a convertirse en reaccionario fue lo que prujeron los que formaban aquella pandilla de ingrata memoria.

La literatura ecuatoriana hubo de esperar más de treinta años para salir de un letargo tímidamente interrumpido por unos cuantos escritores con dignidad, pero sin tamaños suficientes para levantar la bandera de una creación libre y con verdadera dimensión estética. Fue la década recién terminada la que contempló satisfecha y emocionada las hazañas —así hay que llamarlas— de gente nueva que rompió lanzas contra una tradición maloliente. Y en ese campo, en la literatura, empuñaron las armas que tenían: su pluma y su calidad.

Entre los oficiales de esa tropa está Alsino Ramírez Estrada. Sus méritos en combate son pocos pero relevantes. En 1962 publicó un libro de cuentos cuyo título advertía lo que estaba por venir: *La perspectiva*. Lo último es una novela que le valdrá condecoración: *El testimonio*.*

Para quienes encuentren belleza únicamente en lo fácil, la obra de Ramírez Estrada aparecerá como detestable. Es uno de esos libros inaptos para entretener; más aún, su construcción gramatical dificulta en extremo su lectura, al grado que los no habituados a los trabalenguas habrán de repasar ciertas parrafadas donde se observa un montaje caótico.

Habrà trabajo para especialistas en morfología y ortografía por los remolinos en que mete a las palabras y la puntuación que impide la fluidez mínima a que nos tiene acostumbrados cierta literatura. Quienes cuidan de los detalles preceptivos se pondrán frente a una obra que tiene todo fuera del molde; los semánticos, por su parte, quedarán disgustadísimos ante un arcaísmo, insultante

a sus afanes dialécticos.

La novela, como tal, no cumple con ciertos requisitos que impone la tradición. El relato va y viene pero no con la intención conocida de "retomar el hilo". En realidad, va dejando incógnitas; asuntos y personajes desaparecen y el interés que despertaron se pierde por efecto de nuevos elementos que, sin embargo, no restan importancia a lo anterior. Es pues, una estructura piramidal que conforme se levanta va tapando las primeras piedras.

El tema mismo de la narración, lo que observa y vive un estudiante en cierta casa de huéspedes, no tendría en

otro caso más posibilidad que el sicologismo o el perderse en detalles vulgares. Alsino navega sobre la picaresca sin llegar a mojarse y al penetrar en sus personajes logra la interiorización sin jugar al Freud. Echa mano de un barroquismo que se recrea en situaciones pero ve más allá; las agita, las volteas, las desnuda. A los personajes los corroe hasta disolverlos en sustancias relativistas desconocidas que no permiten ubicarlos temporalmente.

No se avergüenza de la realidad circundante. La reconoce, la asume y la universaliza. Y es la lucha, las pasiones, la contradicción cotidiana junto al hecho extraordinario lo que encontramos cristalizado en la nueva realidad que es su literatura; tan nueva como la ironía ora cruel, ora bondadosa pero siempre mágica que envuelve ese misterio vital que nos da como novela.

Por la belleza extraña que encierra su obra, por lo desconocido de su filiación literaria —¿quevedesca?—, por todo lo que puede significar a quienes siguen los pasos de este quehacer en nuestra América, nos quedamos con *El testimonio*, que habrá de convertirse efectivamente en prueba irrefutable de que se puede hacer algo más que ir a la zaga de los figurones de actualidad.

2

factores físicos y humanos en la producción

Apareció *Factores físicos y humanos en la producción* de Gerard Karel Boon.* El libro lleva un larguísimo subtítulo: *Método para determinar la relación económica hombre-máquina y medición de variaciones en micro y macroeconomía*. La traducción se debe a Agustín Cortin y dudamos que sea de lo mejor porque hay un "índice que indica" y otros gazapos semejantes. El libro fue escrito en 1961, bajo la dirección del premio nobel Jan Tinbergen, y presentado por el autor como tesis para obtener el doctorado en la Escuela de Economía de los Países Bajos.

La obra consiste en una selección de casos que se apoya en varias premisas. El sector agrario se considera de importancia esencial en el proceso de desarrollo económico; obligadamente "debe abastecer los bienes correspondientes a los salarios de los trabajadores que por primera vez se emplean" y, puede ser también fundamental en el ahorro o ingreso de divisas. Pero, según Boon, "una selección conveniente del nivel de mecanización" en este sector, impide el derroche de recursos de capital

invariablemente escaso. Acaba sus consideraciones descartando la preferencia por la industria pesada, porque, "refleja más bien un punto de vista ideológico que económico".

En lo último, el caso de Cuba parece darle razón, pero vale la pena recordar que el Che Guevara estaba por la industrialización, incluida la rama pesada, pues sostenía que la independencia, tanto económica como política, se fundaba en la autosuficiencia. Desde luego no es un problema ideológico, sino vital, y la República Popular China es otro ejemplo elocuente. Hay que decir que sin las condiciones impuestas por el bloqueo, lo procedente es aprovechar las ventajas de la división internacional del trabajo, como indicaba el economista Ramón Ramírez al Comandante Guevara, y elevar el nivel técnico en la agricultura de los países con tierras de alto rendimiento, lo que, por otra parte, parece desdeñar la velada recomendación de Boon para mantener a la población rural sometida a una miseria perenne por efectos de la superexplotación del hombre y no de la tierra.

El aludido desdén por la industria pesada, lo lleva a limitarse al estudio de ciertos sectores de la industria ligera, donde omite la rama textil, de gran im-

* Alsino Ramírez Estrada: *El testimonio*, México, Editorial Bogavante, 1969. 172 pp. (Colección Escritores Latinoamericanos.)

* Gerard Karel Boon: *Factores físicos y humanos en la producción*. Fondo de Cultura Económica, Sección de obras de economía. México, 1970. 406 pp.

portancia en muchos países no desarrollados. Se agrega el análisis de "una operación de movimiento de tierras que se considera como representativa de una parte del sector de la construcción" y, añadiremos, interesa por su función infraestructural, base del "despegue" en cualquier concepción económica.

Aunque el autor afirma que "pocas investigaciones empíricas se han realizado al respecto", nosotros tenemos en la memoria la obra de Amartya Kumar Sen —*La selección de técnicas*— que el año pasado publicó la misma editorial. El hindú, aunque educado en la escuela inglesa, muestra mayor preocupación por un país subdesarrollado como el suyo. Boon, en cambio, dedica la primera parte de su libro a presentar casos particulares tomados indiscriminadamente de naciones industrializadas o atrasadas; en la segunda parte, por si fuera poco, analiza un modelo de insumo producto de la economía holandesa.

El trabajo del autor, a pesar de todo, es meritorio en tanto que profundiza en ciertos fenómenos que aportan saludables experiencias, pero sólo si son apreciadas en su valor exacto. El problema surge cuando se pretende extender recetas de aplicación general partiendo de modelos estáticos sacados de economías opulentas. No es cuestión —como sugiere Boon—, de añadir ciertos condimentos nativos con miras a la optimización, para llegar a resultados aplicables en cada lugar.

La imposibilidad es obvia. La diferencia tecnológica es tan grande entre un país industrializado, digamos Holanda, donde se elaboró el estudio y cualquier nación subdesarrollada, que lucubrar en torno a las alternativas que presenta una serie de sustituciones de maquinaria —toda ella modernísima— y la fuerza de trabajo —enormemente capacitada—, no puede ser más que estéril y hasta criminal en estas regiones donde no resta más que aceptar la triste realidad y transformarla.



filosofía y actitudes

Por Alejandro Herrera Ibáñez

Quizá no esté entre las revistas más leídas *Diánoia*, anuario publicado ininterrumpidamente desde 1955 por el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. La seriedad y especialización de sus artículos hablan de la alta calidad de esta publicación que, si bien —por su propia naturaleza— no está destinada a un público general, no debe pasar desapercibida por el lector que desee entrar en contacto con temas filosóficos.

En el número 15, correspondiente a 1969, figura un artículo que, por el tema abordado, resulta ser de especial interés para quien desee internarse un poco en la tarea de señalar los límites que separan a la filosofía en sentido amplio de la filosofía en sentido estricto. Me refiero al trabajo del doctor Fernando Salmerón: "La filosofía y las actitudes morales".* El propósito aquí perseguido por el doctor Salmerón es mostrar la relación existente entre el concepto de actitud y la sabiduría o concepción del mundo. Para ello dedica una buena parte de su trabajo a la elucidación del concepto de actitud. Aborda también la tarea de distinguir la filosofía como expresión de una actitud de la filosofía en sentido estricto, y de señalar someramente la función de esta última frente a las actitudes y sus expresiones. Fundamental es también la identificación llevada a cabo por el autor entre los conceptos de actitud y de actitud moral.

El análisis del concepto de actitud es realizado con gran penetración. Para ello el autor no vacila en acudir a los resultados que sobre dicho tópico ha arrojado la psicología. Figuran en esta parte del trabajo los nombres de James, Koffka, Washburn, Freud, Thurston, Thomas y Znaniecki, Allport, etc. Pero lejos de limitarse a la enumeración de teorías más o menos acertadas, hace a éstas en el lugar oportuno las observaciones pertinentes. Importantes son las diferencias fundamentales que establece entre actitud y método, y la caracterización de aquella como teniendo por fuente las emociones y como siendo dependiente de los estados efectivos. No hay actitudes si no hay emociones, pero unas son bien distintas de las otras. La actitud es una disposición a actuar de cierto modo frente a diversas circunstancias; hay en ella al mismo tiempo permanencia y adaptabilidad. Las emociones, por su parte, no deben identificarse con la irracionalidad pura, y es preciso reconocer que en ellas hay un elemento cognoscitivo, elemento que se refleja a su vez en las

expresiones doctrinales de las actitudes. Además, éstas no sólo constituyen una disposición para actuar en cierto sentido. Quien sostiene una actitud, no está solamente dispuesto a actuar, sino también a justificar sus acciones. Es aquí donde se advierte que la moralidad es un constituyente inseparable de toda actitud. Es, por tanto, un error pensar que las actitudes morales son unas entre tantas otras; más bien, no existe actitud que no sea moral, puesto que observar una actitud es comprometerse a determinado tipo de acción; y de este compromiso a su justificación no hay más que un paso. Pero las actitudes, dice el autor, no nos llevan al conocimiento, por más sabias y elaboradas que sean; nos llevan, en cambio, a creer, y a la creencia no se llega por un camino válido para todo sujeto.

Las actitudes surgen de determinadas emociones y estados afectivos, y se expresan en sistemas más o menos coherentes que constituyen una concepción determinada del mundo. Es aquí donde se sitúa la filosofía en su sentido amplio y donde resulta verdadera la frase de Fichte: "Qué clase de filosofía se elige, depende de qué clase de hombre se es..." Esta filosofía, entendida como concepción del mundo, no es sino la expresión de una actitud moral. El filósofo, en este sentido, no hace sino dar expresión, en el lenguaje, a una actitud. No siendo las actitudes irracionalidad pura, el elemento cognoscitivo que en ellas se da, hace posible plantear el problema de su justificación y, por tanto, hace posible igualmente la elaboración de argumentos encaminados a la justificación de la actitud adoptada. Esto es lo que hace posible la discusión e inclusive el recurso a la información científica, aunque en rigor ni las actitudes ni sus expresiones doctrinales puedan fundarse. Los criterios para decidir sobre la mayor o menor justificación de una actitud son varios, por ejemplo, su ajuste con las condiciones de la realidad, su relación con conocimientos empíricos corroborados, y el carácter no contradictorio de sus creencias. A esta tarea de justificación se abocan las expresiones doctrinales de las actitudes, pero tratando además de presentar sus justificaciones como verdaderas. Y aquí es donde tiene cabida, con su labor crítica, la filosofía en sentido estricto. Ésta, a diferencia de la filosofía en sentido amplio (concepción del mundo) renuncia a una visión íntegra de la totalidad del universo y, de manera análoga a la de las otras ciencias, se circunscribe a un saber objetivo y fragmentario, en apariencia modesto, pero que, por su método de argumentación crítica, se sitúa en

* Fernando Salmerón: "La filosofía y las actitudes morales", *Diánoia. Anuario de filosofía*, México, Año XV, 1960, No. 15, p. 216-44.